



EL CENCERRO

CENCERRADA 12

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle de San Hermenegildo, 4, pral., izqda.
MADRID.—1897

Las oficinas de este periódico se han trasladado á la calle de San Hermenegildo, núm. 4, principal izquierda.

CONTRA LAS VISIONES

—¡Válgame Cristo, nostramo! En toica la noche he podío pegar un ojo.

—¿Pues qué te ha pasado, Liberto?

—Pus verá osté. Serían las doce de la no-

che cuando cogí una oreja debajo de la cabeza y allí á poco me quedé dormío. Enseguía encomencé á oir una música que no parecía sino que estaban allí toos los ángeles del cielo. Endespues de esto oí un coro de mujeres que cantaban cun mu güenas voces:

Fray Liberto, Fray Liberto,
á la puerta salga osté,
que tenemos muchas cosas
que contar á su merced.
Dí entonces un berrio y quise levantarme,

pero no pude. El sueño me tenía más atao que los Estaos Unfos á nuestros conservao-res.

Enseñuía golvieron á cantar las mujeres esta copla:

Nosotras somos las capitales
más pricipales de la nación,
y aquí venimos porque pedimos
la prometida federación.

Entonces dije yo, digo: Eso es que ha venío ya la Niña y vienen las provincias á pedirme que las deslustre.

Y sin aguardar á más, dí el salto del carnero y me encontré de pie en medio de la celda. ¿Y querrá osté creer, nostramo, que no golví á oír la música ni las voces?

—¿Y eso te ha quitado después el sueño?...

—No es eso sólo, nostramo, sino que apenas golví á estirar la pata se me desfiguró estar oyendo el sonsonete

Fray Liberto, Fray Liberto!...

Entonces se me ocurrió la idea de si podría ser alguna ánima en pena la que andaba en too aquello, y sin saber por qué me acordé del señón Antonio. Los pelos de la peluca se me pusieron de punta. Yo, que no le tuve miedo en vida, sentía ahora un *canguelitis* bastante rigular. Entonces dije yo, digo:—El mejor remiendo contra los aparecíos es un trinquis.—Y cogiendo la bota me hice una enjugaura de cinco minutos. Pero mientras yo hacía *clac, clac, clac*, las voces enseguián cantando:

—Yo soy Valencia.

—Yo Andalucía.

—Yo Cataluña.

—Yo la Galicia.

—Yo Zaragoza,

la siempre invicta.

—¡Hijas de mi alma! exclamé yo entonces. Y sin más preámbulos abrí la puerta y me eché á la calle. ¿Querrá osté creer, nostra-

mo, que no ví á naide? Una luz verde que se alejaba por la izquierda; otra luz roja que se iba por la derecha, y ná más. Entonces me convencí de que too aquello eran cosas del otro mundo. Me golví á la celda, atranqué la puerta y cogí el rosario.

—¿Y rezaste mucho?

—¡Qué había de rezar! si en cuanto empecé á ecir *pater noster*, encomenzó de nuevo el sonsonete:

¡Fray Liberto, Fray Liberto!..

¡Jesús que noche, nostramo!

—Sí, ha sido buena. ¿Y no te explicas tú ese fenómeno de algún modo?

—Endespués he creído si serían los menis-teriales, que querrían asustarme pa que no les saque á relucir sus trapisondas.

—Pero vamos á ver: ¿Tú estabas sereno cuando te acostase anoche?

—Tanto como sereno no estaba, porque con la llegá de Juan Repica, se puso aquello bastante nublao.

—Pues no digas más.

—¿De moo que osté cree que era el peleón quien me hizo ver y oír too aquello?

—Indudablemente.

—¡Pus güena noche me ha dao el maldecíol!

Para evitar, nostramo,
esas visiones,

voy á tomar desde ahora

mis precauciones.

Y en vez de vaso,

siempre que beba vino

usaré un jarro.

LA VIUDITA

—Aquí tengo, hermano Liberto, una viuda de diecisiete años que desca le dé solución en un caso grave que la ocurre; y quiero que

tú me ayudes á discurrir á ver si entre los dos podemos consolar á esa señora.

—¿Y dice osté, nostramo, que tiene ahí á esa viuda de diecisiete años? Yo creo que jace osté mal en meterse á guardaor de viudas tan jóvenes. Yo tengo las llaves de toas las celdas y á mí es á quien corresponde cuidar de las viudas, sobre too si son jóvenes.

—No disparates, hombre, no disparates. Cuando digo que tengo aquí á esa viuda, quiero decir que la tengo en el papel y no en otra parte.

—Eso es otra cosa, nostramo.

—Pues como te decía, á nuestra viuda le ocurre una cosa bastante seria.

—Despense osté, nostramo; osté dice que esa viuda es *nuestra* y yo por mí pueo decir que no la he conocío en mi vida.

—Quiero decir, la viuda de quien se trata, porque para ser viuda *nuestra* necesitábamos habernos casado con ella, en primer lugar, y en segundo, habernos muerto después. ¡Qué entendederas tienes tú!

—Güeno; emprosiga con la viuda vuestra paterniá.

—Pues como iba diciendo, esta señora se casó á los catorce años.

—¡Atizal! Se conoce que la muchacha no quería apolillarse.

—Y se casó con un coronel de caballería que podía ser su abuelo muy holgadamente, y además era un bruto de marca mayor, pues según dice la viuda, cuando montaba á caballo no se sabía dónde empezaba el jinete ni dónde terminaba el animal.

—¡Pobrecilla!

—Ello es que la muchacha pasó dos años de purgatorio al lado de aquel rinoceronte, hasta que un día, después de haber propinado al asistente una paliza monumental, salió á maniobrar con un regimiento y se quedó muerto encima del caballo.

—De moo que la chica quedó viuda á los

dieciseis años. Y diga osté, nostramo, ¿qué tal palmito tiene? ¿Sabe osté dónde vive?

—¿Y para qué quieres saber tú todo eso?

—Pa ejercer una obra de misericordia consolando al triste.

—Pues no hay necesidad de que tú te tomes ese trabajo, porque la viuda tiene ya quien la consuele.

—¡Habrás visto maula como ella!

—Escucha y no formes juicios temerarios. A la muerte del coronel le quedaron á su esposa 6.000 reales de viudedad, que viene cobrando religiosamente; pero como las flechas de Cupido han vuelto á herir su sensible corazón y quiere casarse con un maestro de obras, no sabe cómo arreglárselas para seguir cobrando la viudedad y ser al mismo tiempo maestra de obras. Y este es el caso que quiere que yo le resuelva. ¿A, tí qué te parece?

—Lo que me parece es que no debe osté tomarse quebraeros de cabeza, porque ni la viuda dejará la pensión ni al maestro de obras.

—La ley está terminante.

—La ley dirá lo que quiera, pero la viuda hará lo que le dé la gana, y sinó, ya verá osté cómo sigue cobrando su viudedad y disfrutando de los planos del maestro de obras.

—¿Pero no comprendes que si se casa de nuevo dejará de ser viuda y no podrá cobrar por ese concepto?

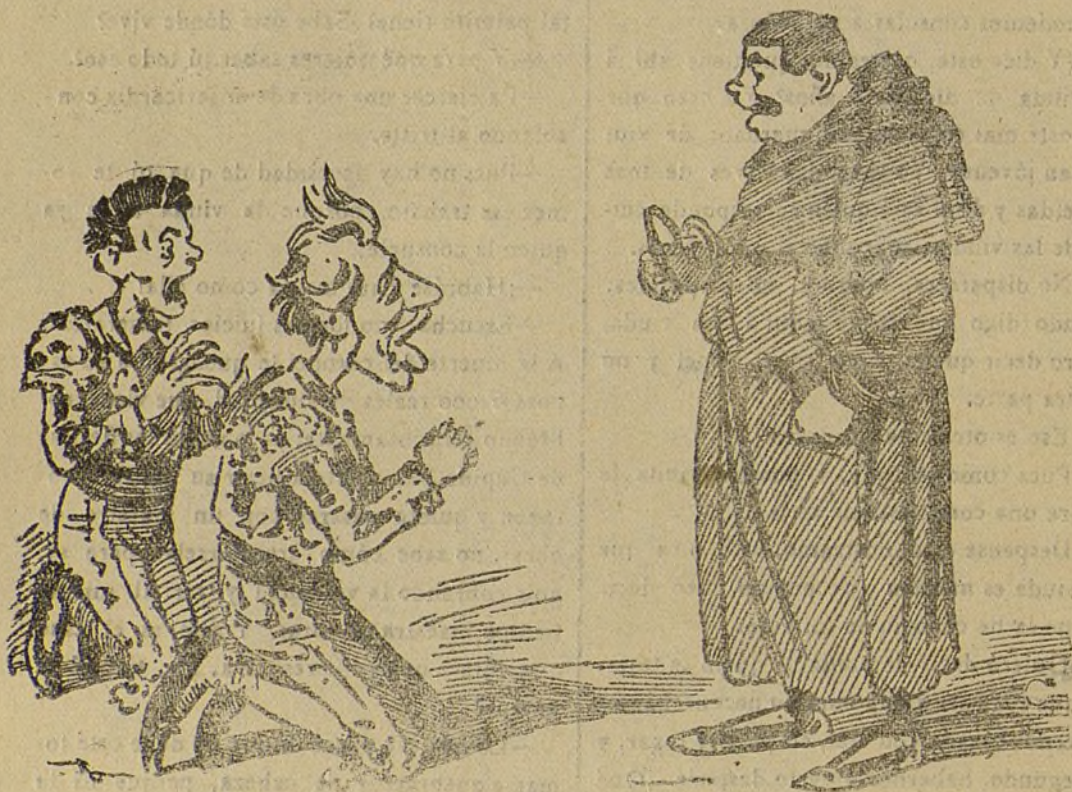
—Pus por eso no se casará.

—Entonces tendrá que renunciar al maestro de obras.

—Tampoco.

—Pues entonces no lo entiendo.

—Ní hace falta. Basta con que lo entiendan ella y el maestro de obras, ya que el Estao no quíe entender á las viudas eternas que le salen.



LA MAQUINA

Una maquinita,
el Lego ha inventado
que tiene, que tiene
un poder extraño,
pues solo con ella
se consigue el mando.
se adquiere dinero,
se evitan petardos
y van las muchachas
tras de los muchachos.
Se le aprieta el muelle
por medio de un clavo,
y aquel que la lleva
queda electrizado,
y adquieren sus carnes
un poder tan raro,
que no le hace nada
un cañon rayado.
Esta maquinita
es el mismo diablo
para ir á las urnas
y hacer embuchados;
para acabar guerras
y no dar escándalos;
por lo cual Sagasta

y su secretario,
que sin saber cómo
han oído el caso,
ruegan á Liberto
por la cruz y clavos,
les ceda la máquina
solo por un año,
y cuando ellos manden
lo harán arcediano.
Pero el buen Leguito,
que es un pez muy largo
muestra el instrumento
que tiene en la mano,
y sonriendo dice:
—Perdonad, hermanos,
que la miel no se hizo
pa la boca del asno.
Esta maquinita
que el Lego ha inventado,
es para mi Niña
pa quien yo la guardo,
con el fin de que haga
que todos los zánganos
corran muy en breve
lo mesmo que galgos.

CARTA DE FRAY LIBERTO AL GENERAL AZCARRAGA

Mu señor mío: La circunstancia de haber reemplazao osté al señón Antonio en el manejo del carromato de la situación, me compromete á escribirle estas líneas por si quíe osté jacer caso de las endicaciones que va á meter en sus alforjas este Lego.

Osté, señón general, ha sío hasta ahora el menos malo de toos los conservaores, pus nenguno de ellos aprovecha pa ná y osté si quiera envió á Cuba 200.000 hombres sin dificultades ni barullo de nenguna c'ase.

Ahora falta que, como presente del gobierno, dé osté también pruebas de que lo entiende. No jaga osté caso de lo que le digan sus compañeros de desgobierno; pus así como cuando vivía el señón Antonio nenguno se atrevía á ecir una palabra, ahora que es osté presente, querrán toos golverle á osté tarumba.

Ya debe osté conocer al ministro de Marina: muchos planes, mucha charla, muchos millones y los bareos no paecen por nenguna parte. No le jaga osté caso.

Párole osté las patas al ministro de Hacienda, porque si no va á empeñar jasta las tenazas de Nicudemus. Licencie osté cuanto antes al ministro de Ultramarinos, y al de Fomento, y al Tejá, y al Cos, y quédese osté si acaso con el Tetuán, que lo mesmo aprovecha pa un fregao que pa una sopapina.

Envíe osté el canuto inmediatamente al hermano Baile, porque mientras él esté en Cuba casi no se hará ná de provecho. Arregle osté la admenistración de justicia, porque da lástima ver cómo está. Limpie osté el pesebre á toos esos endividuos que cobran pingues sueldos sin hacer ná. Pase osté el escobillón por las clases pasivas, porque hay allí

mucho que barrer. Arregle osté al clero y á los concejales del Ayuntamiento de Madrid, y arrímeles la punta de la bota de montar al Consejo de Estao, al Tribunal de Cuentas y á otros centros tan inútiles como caros al país.

Si jace osté too esto, y algo más que le irá endicando, prometo no cencerrearle á osté en mi vía, y reconocer que es osté el único pimpollo que hay en el desierto campo de la conservaduría.

Queda á sus órdenes su más humilde súbito,

Fray Liberto.

P. D. Convendría tamién, señón Marcelo, que suprimiera osté sus visitas á los conventos, porque no está bien que un presente ande en esos trotes.

¿Decían ustedes que el general Weyler presentaría la dimisión en cuanto se enterara de la muerte del Sr. Cánovas?

Pues ya se habrán convencido de que don Valeriano no está por eso.

Quiere seguir casi pacificando todo lo casi pacificable.

Hasta que Sagasta se halle en condiciones de casi pacificarle á él.

Si es que casi piensa entonces como casi pensaba hace poco.

Dijo un fraile á una beata
en cierta función de iglesia:

—Procure, hermana, ante todo
conservar la delantera.

—Y digo yo, nostramo: si cuando vivía el señón Antonio, que empués de too tenía caletre, era esto una desdicha, ¿qué va á pasar

ahora estando el pandero en manos del Cos, del Tetuán, del Beranger y demás compañeros en nulidá?...

—Hombre, yo no sé lo que pasará, pero desde luego creo que no será cosa buena. Después de todo, á nosotros nos debe tener sin cuidado lo que ocurra.

—No sé cómo ice osté eso, nostramo, porque de seguir esta gente en el poer, la guerra irá en aumento, las madres tendrán que quearse sin los pocos hijos que ya les han dejao, y el resto de los españoles sin piel y sin ná.

—¿Y crees tú que si vienen al poder los fusionistas, van á ir las cosas mucho mejor?

—Ende luego que no; pero por lo menos perderíamos de vista á estas calamidades conservaoras, y ojalá juera por los siglos de los siglos.

—Amén, hombre, amén.



Genoerrada á los conservadores

Aunque han quedado sin jefe no quieren marcharse aún, porque aspiran á que España quede desnuda y en cruz.

Turruntrúm, turruntrúm, turruntrúm.

Banda de grajos y cuervos á quien ofende la luz, jamás sienten satisfecho su estómago de avestrúz.

Turruntrúm, turruntrúm turruntrúm.

Cuando siguen masticando y no quiere irse aún, es que quieren que los eche la escoba ó el arcabúz.

Turruntrúm, turruntrúm, turruntrúm.

Estando en el campo un día me llevé un solemne susto; y era que un conservador soltó de pronto un rebuzno.

¡Viva la Niña!
¡Viva Liberto!
¡Viva nostramo
y el Tío Conejo!
Así exclamaba
ayer un ciego,
hasta que mano
le echó un podenco
de esos que chupan
del presupuesto.
¿Qué merecía
este canovero?..
un garrotazo
en el pescuezo.

En Francia creen los hombres más conspicuos, como diría cualquier *quidam* conservador, que el hecho de haber aconsejado el Sr. Sagasta la continuación de los conservadores en el poder, revela claramente que no tiene confianza en los proyectos que guarda en cartera.

Ante todo convendría averiguar si el señor Sagasta tiene algún proyecto.

Porque él acostumbra á no tener ninguno, y regularmente le ocurrirá ahora lo propio.

Si no quiere ahora el poder es porque le asustan la carga que se le va á ir encima, lo espigado que dejan el rastrojo los conservadores y el apetito desordenado de sus huestes.

Casi no sentiría él romperse de nuevo el

peroné con tal de evitar el compromiso que tiene encima.

Un fraile me dijo ayer
que está haciendo la maleta,
porque huele que muy pronto
tendrá que tomar soleta.

Conservadores y fusionistas
aturullados se encuentran ya.

¡Ay, que me dál
Ya no hay remedio, señá Geroma,
pronto á la Niña vamos á ver.
¡Ay, qué placer!

Al salir de París el presidente de la República francesa, estalló una bomba en un puesto de flores.

También en Constantinopla han estallado otras dos ó tres, sin que en uno ni otro caso haya habido desgracias que lamentar.

Por lo visto el tiempo está en bombas en todas partes.

Los carlistas siguen preparándose para echarse á las matas.

Mala ocasión van á elegir, porque con la guerra de Cuba hay bastante por ahora.

Y ya se sabe que cuando un gobierno quiere reventar á los carcundas, les coge á éstos el toro en un periquete.

Como les sucedió en tiempos de D. Juan Prim.

De Lebrija se han fugado dos amantes.

El cuenta diecinueve años de edad y ella...
¡sesenta y tres!

Se ruega á la pareja
que los encuentre,
haga la vista gorda
y en paz los deje;

pues antes de ocho días
los dos se mueren:
él de una vomitona
y ella del vientre.

—¿Se podría saber, nostramo, el juicio que ha formao vuestra paterniá del Sr. Marcelo.

—¿Quién es el Sr. Marcelo?

—Paece mentira qué no sepa osté que el presidente del Consejo de ministros se llama D. Marcelo Cárraga.

—¡Acabáramos, hombre!

—Pus güeno: ¿qué juicio ha formao osté del Sr. Marcelo?

—Como ministro de la Guerra, regular; como presidente del ministerio, malo.

¿Y en qué se enfunda osté?

—Yo no me *enfundo* en nada; son los hechos los que están pregonando todo eso.

—¡Pero si no lleva más que ocho días de presientel..

—Pues por eso le califico de *malo*. Si llevara ocho meses, tendría que calificarle de *rematao*.

—Pus, señor, estamos bien con los presientes y los ministros que nos salen. En too lo que va de siglo, y se está acabando ya, no hemos tenío más que uno güeno, y ese jué Mendizábal.

—Lo peor es, hermano Liberto, que no tropezaremos con otro Mendizábal en mucho tiempo.

—¿Que no? En cuanto venga la Niña toos tendrán que ser Mendizábales, aunque no quieran.

—Dios te oiga y te haga obispo por tu buen deseo.

En carta de Lugo que tenemos á la vista, nos refieren sus autores el caso siguiente:

Hallábanse dos jóvenes conversando en la

plaza pública, cuando se sentaron á su vera dos cucarachas con sombrero de teja. Enseguida tomaron parte en la conversaci3n de los j3venes, y poco despu3s los proponían ir á tomar juntos unas copitas en un tabernácullo. Los j3venes se resistieron cuanto les fu3 posible; pero en vista de tanta insistencia tuvieron que aceptar el obsequio, aunque un tanto *escamati*.

En cuanto el vinillo empez3 á calentar el est3mago de los curianas, se desató su lengua y se fueron al bulto, hablándoles de cosas que hubieran hecho enrojecer á los mismos habitantes de Sodoma.

Cuando los j3venes vieron que estaban expuestos á morir de cornada de burro, pusieron pies en polvorosa, y allí quedaron los clerizánganos maldiciendo su poca fortuna.

Parece que uno de aquellos avestruces se llama Tomasillo.

Al cual dice Liberto que de buena gana le daría un palo en los corbejones.

—¿Y qué opina osté, nostramo, de los pelegrinos portugueses que han sido á Lourdes?

—Yo no opino nada, Liberto, pues tengo otros asuntos que me interesan más que los peregrinos portugueses.

—Lo que á mí me choca es que se componga esa peregrinaci3n de curas y beatas solamente; desfigúrese osté la que se armará en el camino por el día y en las posás por las noches.

—Tú siempre has de estar con la malicia á vueltas.

—No hay malicia que valga, nostramo: entre pelegrinos y pelegrinas de esa clase, toas las suposiciones están mu en su lugar.

Porque un pelegrino
y una pelegrina,
no puén estar juntos
sin que salten chispas,

y se arma al momento
una chamusquina.

Dice un periódico ministerial que el Sr. Cánovas del Castillo había designado como jefe del partido conservador, para cuando él falleciera, al Duque de Tetuán.

Y es que diría D. Antonio: Este, que á lo mejor suelta una bofetada, aunque después reciba cuatro, es el más á propósito para capitanear las mesnadas conservadoras, toda vez que todo esto ha de acabar á trompazo limpio.

Yo no le faltaba razón, si pensaba así.

ALMANAQUE

Habiendo empezado la confecci3n del *Almanaque de EL CENCERRO* para 1898, lo ponemos en conocimiento de los señores corresponsales y lectores de este periódico, por si quieren remitirnos alg3n original para el mismo, en la seguridad de que se publicará en dicho *Almanaque* si reúne las condiciones apetecibles.

El *Almanaque* no dejará nada que desear ni respecto al texto ni á los grabados.

Los señores anunciantes que deseen la inserci3n de sus anuncios en el expresado *Almanaque*, en condiciones muy económicas, pueden participárnoslo desde luego.

EL CENCERRO

PERIÓDICO POLITICO SATÍRICO

Da una cencerrada por semana á los ministros y demás hermanitos que chupan del país.

Cuesta la suscripci3n 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre y 6 un año.

La mane para los vendedores y corresponsales, 75 céntimos.

Tipografía de Alfredo Alonso, Barbieri, 8.